

CELEBRACIÓN DE LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ 13/14 de Septiembre del 2014

En Nueva York en el Museo “11 de Septiembre”, que está en el lugar en donde estaban las torres del ‘World Trade Center’, se incluyeron un par de vigas de uno de los dos edificios de oficinas en los cuales los terroristas pilotearon los aviones secuestrados el 11 de Septiembre del 2001, y que más tarde al derrumbarse mataron a casi 3.000 personas. Cuando dos de las vigas se cayeron, permanecieron unidas entre sí, y más tarde, se las encontró que formaban una cruz. La aparición de esta cruz en medio de un paisaje de un inimaginable odio, de terror, de desesperación, de consternación, de sufrimiento y de la muerte, fue como (y sigue siendo) un símbolo de la muerte, pero a la vez un signo de esperanza. En medio de la oscuridad del caos de este 11 de Septiembre, el "signo de la cruz" demostró abiertamente de que Dios estaba con nosotros; que estaba con aquellos que murieron, que no nos había abandonado, y que los guiaría a través de las tinieblas de aquel terrible día, para una curación y a una vida renovada.

La fiesta de este fin de semana, una de las de más antiguas de la Iglesia, y que se registra su origen al 14 de Septiembre del 320, fue cuando la emperatriz Elena (madre del emperador romano Constantino) encontró la reliquia de la cruz de Jesús, en Jerusalén, y más tarde la trajo a Roma junto con varios otros artículos asociados con la vida y la muerte de Jesús.

Al igual que la cruz con vigas de acero de las torres del “World Trade Center”, y de la celebración de este fin de semana de ‘la Exaltación de la Santa Cruz’, enfocamos nuestra atención en la cruz de Jesús como el símbolo central del misterio de la fe. La cruz de Jesús es a la vez un símbolo del pecado humano y del rechazo al amor de Dios, pero al mismo tiempo es un símbolo de sanación, del perdón, de la reconciliación entre Dios y nosotros, y del poder del amor y la misericordia divina sobre el pecado y la muerte, y trayendo la esperanza y la vida eterna.

En la lectura de hoy, en el libro de los Números, tenemos la historia del viaje de los israelitas en el desierto desde Egipto hacia la Tierra Prometida. Se nos dice que el pueblo se impacientó debido al viaje. Con su paciencia "desgastada" el pueblo comenzó a murmurar contra Moisés y contra Dios, diciendo: “No tenemos pan ni agua y ya estamos hastiados de esta miserable comida” (Números 21: 5), un símbolo y de lo que San Benito, en su Regla, se refiere a las "murmuraciones"— de un interno endurecimiento del corazón—la cual conduce a las insatisfacciones de la vida, y provoca una ruptura tanto con Dios y la comunidad. En esta lectura, también, esta insatisfacción con Dios es simbolizada por la

aparición de serpientes venenosas que muerden a la gente causando a muchos de ellos la muerte. ¿Cuántas veces, por ejemplo, hemos "murmurados" en contra de Dios por algo que pasó o no ocurrió en nuestra vida de acuerdo a nuestro plan, o en nuestro horario? O, ¿cuántas veces hemos sido corroidos por "rabia" a Dios sobre las circunstancias de nuestra vida, o de la vida de otro sobre la cual no teníamos ningún control, de los 'desaires' reales o imaginarios, de los sufrimientos, de las injusticias, y quizás de las tentaciones, o incluso sucumbir a la tentación y de apartarse lejos de Dios o la Iglesia?—El cuerpo de Jesús colgado en la cruz, es un poderoso símbolo de cómo y cuán lejos, nosotros los seres humanos fuimos rechazando a Dios y su amor divino, y todavía lo hacemos, y de ver cuán lejos hemos ido, y aún lo hacemos, rechazando la imagen de Dios reflejados en la persona de un ser humano (y nosotros mismos) a través de la aplicación de increíbles torturas, del ridículo, del sufrir y de la muerte no conocido o practicado por cualquier otra criatura creada por Dios. La imagen de Jesús en la cruz nos hace recordar a nosotros los seres humanos de lo capaces de lo que podemos hacer o quizás de intentar matar a Dios.

En medio de esta triste realidad, la lectura del libro de los Números, la cita de San Pablo que es uno de los himnos más antiguos utilizados en la celebración de la Santa Eucaristía, y el relato de Juan sobre las famosas palabras de Jesús en el Evangelio de hoy, todos hablan del porqué de la fiesta de hoy: la "Exaltación de la Santa Cruz." En la lectura del libro de los Números, y en el himno de los Filipenses tenemos la respuesta de Dios al pecado humano—mientras podemos (y lo hacemos) refunfuñar, tener rabia contra Dios y de rechazarlo a través del pecado, Dios da vueltas nuestra propia rabia, nuestro rechazo, nuestro pecado en algo significativo para nuestra sanación y redención. La serpiente montada en un poste se convierte para todos los que la miren en un medio de curación. El cuerpo roto, magullado, rechazado y muerto de Jesús colgado en una cruz, proclama el inmenso amor de Dios quién "¡Así amó Dios al mundo! Le dio al Hijo Único, para que quien cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna."(Juan 3:16).

Es con este amor, esta misericordia divina, este perdón, esta reconciliación que todavía tenemos el poder de sanar, y de redimir un mundo lleno de conflictos rotos, y del quebrantamiento, y de los pecados en cada una de nuestras vidas. Esta es la promesa y la realidad que celebramos cada vez que nos reunimos en torno al altar a "Haced esto en conmemoración" de Jesús.

Padre Jim Secora